



FLORENCIA ETCHEVES

# Cornelia

Antonia Delgado circulaba por la vida con una sola certeza: creía que la muerte era un error que podía corregirse, el único suceso que a pesar de repetirse siempre la sorprendía. Le ponía voluntad y esfuerzo desmedido al asunto, pero nunca había logrado torcerle el brazo al más allá.

De chica, cada vez que su abuela abría las puertas pesadísimas del ropero y descolgaba el vestido negro de mangas tres cuartos, sabía que alguien se había muerto. No era necesario preguntar. Antonia dejaba el balero de madera, el yoyo o el bebote que le había regalado su padre para Navidad y despacito iba a cambiarse a su habitación. Ella también tenía su ropa de velorio: una pollera de pana verde oliva, una camisa de algodón gris que tenía que abotonarse hasta el cuello, unas medias de nylon azul marino y unas botitas que se ajustaban con velcro en el tobillo. No importaba si al muerto se le había ocurrido dejar el barrio en enero o en julio: la ropa siempre era la misma. Así lo había determinado su abuela Lela, que decidía todo lo relacionado con la muerte. Ella era una especie de faraona celestial y punto, no se le cuestionaba nada.

La pasión que doña Lela tenía por los velatorios había sido durante años compartida con sus hermanas. Solían levantarse temprano, poner la pava para el mate, acomodar el diario en la mesa debajo de la parra del patio y hurgar minuciosamente los avisos fúnebres; de allí sacaban la información para armar la agenda de la semana. Podía ser un vecino, un conocido, un familiar lejano; toda muerte era útil para desplegar el ritual: sepelios en caravana, sanguchitos en las salas velatorias, hombres y mujeres codo a codo llorando vestidos para la ocasión.

Pasó el tiempo, la hermana mayor se casó y abandonó la comparsa macabra de la adolescencia, pero lo que más le dolió a Lela fue la actitud de su hermana menor. Antes de morir, la muy ingrata dejó una carta de puño y letra en la que daba órdenes expresas: su cuerpo debía ser cremado. Nada de velatorio ni mortaja. Y remarcaba en mayúsculas que a nadie se le ocurriera redactar un aviso fúnebre para los diarios, ella quería morir en la intimidad. Así, textualmente, escribió «morir en la intimidad». Lela tuvo la certeza de que ese último párrafo estaba dedicado a ella y no se lo perdonó jamás. Pero este traspie no detuvo su ímpetu mortuario, y siguió atesorando en cajas de zapatos recortes con los avisos fúnebres más destacados; también les heredó a su hijo y a su nieta la costumbre de leerlos con una pasión desbordada.

Le bastaron diez pasos arrastrados para llegar a la cocina y retirar del fuego la pequeña pava de aluminio, un poco abollada tras los años de uso. Vertió el agua en la taza en la que unos minutos antes había puesto un saquito de té, lo apretó contra el borde y exprimió encima la mitad de un limón. El departamento era chico, pero cómodo. Una cama pocas veces compartida; dos mesitas de luz; una mesa de

madera de pino pintada de rojo, con cuatro sillas haciendo juego; una mecedora que había sido de su abuela Lela y un aparador que sostenía un televisor viejo, era todo el mobiliario que vestía el monoambiente de Almagro. Cuando lo compró, casi veinte años atrás, le había parecido una mansión. Acostumbrada a compartir el baño con los vecinos del conventillo, ella interpretó ese bañito diminuto como un lujo merecido. Por primera vez en su vida la privacidad iba a formar parte de sus días.

Puso un saquito de té en la taza humeante y dejó los ojos clavados en el agua, que de a poco se iba tiñendo con la infusión. Le llevó un segundo decidir no ponerle azúcar: quería bajar unos kilos, o por lo menos intentar cerrar los botones de los únicos dos abrigo que tenía. El invierno estaba por llegar y su escaso guardaropas le quedaba chico. Las tardes de verano devorando kilos de helado habían hecho estragos en su cintura.

Ese sábado había amanecido nublado y fresco. Una luz tenue se colaba por la ventana. Antonia se sentó a la mesa, se calentó la garganta con dos tragos largos de té amargo, se frotó las manos y, de manera automática, abrió el diario en la página de los avisos fúnebres. No se detenía ni por curiosidad en las idas y vueltas presidenciales, ni en las subidas y bajadas del dólar, ni en los artículos que informaban los sucesos en lugares del mundo que nunca conocería. Los avisos fúnebres era lo único que le interesaba, ahí estaban las historias. Un buen obituario no sólo informa qué hombre no cruzará más la puerta de su casa o qué mujer ya no necesitará comprarse zapatos: delata los amores, odios, resentimientos y el dolor de los que quedan. Con una lectura rápida, Antonia detectaba por dónde podía llegar a armarse el escándalo

por la herencia o por el protagonismo. Tenía el ojo entrenado para darse cuenta de quién era la amante del homenajeado y sonreía ante la proclama insistente de la mujer verdadera ante los ojos de Dios y de los otros deudos. Le fascinaba imaginarse a las amigas de doble apellido de una mujer que había sido escoltada hasta su hogar celestial disputándose a la mucama huérfana de patrona en pleno velatorio.

Había dejado de leer los fúnebres del diario *Clarín*, harta de que publicaran muertos que no conocía nadie. Sin embargo, los de *La Nación* la deleitaban con locura. Los recortaba y los guardaba en folios por orden alfabético; se enorgullecía de tener la saga casi completa de las mejores familias de la ciudad y adjuntaba al simple aviso las necrológicas que muchas veces el editor del diario consideraba pertinente escribir. Esos textos eran sus favoritos, allí se relataban los actos más destacados de ese muerto que se había ganado un lugar de privilegio en el diario. Muchas veces dudaba de la justicia de esas líneas, ¿cuánta verdad se puede decir al describir a una persona mediante sus hechos más honestos y admirables? ¿Se puede saber con solo cuatro o cinco actitudes loables cuánta maldad o bondad habita en un ser humano? Pero bueno, pensaba Antonia Delgado, en definitiva uno se muere una vez; después de años de leer necrológicas, entendía que solían ser injustas tanto en la celebración como en la crítica, y un poco en el olvido.

Ese sábado prometía ser muy productivo. Abrió una cajita de metal que hacía las veces de costurero y sacó una tijera pequeña. El jueves se había muerto un diseñador famoso, y la sección de fúnebres se había convertido en una pasarela. Modelos, actores, actrices, periodistas, nadie quería dejar de poner su firma. «Cómo les gusta figurar a

estos», pensó Antonia mientras movía la cabeza de un lado a otro desaprobando lo que consideraba una falsa pena. La historia que ella buscaba no estaba en esas lagrimitas de tinta, de ninguna manera. Había que descifrar el dolor verdadero, y su experiencia la guiaba a los anónimos, a los don nadie, a esos avisos que los morbosos miran por arriba porque buscan ver sufrir al conocido, al que ven en la tele. Y Antonia Delgado no era ninguna morbosa, no señor. Ella era una historiadora de la muerte.

Con la punta de la tijerita señaló un cuadrito breve. Sonrió mientras lo recortaba con prolijidad extrema.

† Castillo, Nahuel, q.e.p.d. Siempre nos quedará París. Martín.

Ahí, en una sola frase se decía todo lo que había para decir. Antonia casi pudo imaginar a Nahuel y a Martín caminando abrazados por esa ciudad que tanto había visto en fotos. París, la capital de la moda, testigo de ese amor eterno. Con una plasticola en barra pegó el recorte en una hoja blanca y siguió buscando las señales de los que habían querido de verdad al talentoso Nahuel Castillo. A medida que sus ojos bailaban agudos entre tanta pena impostada, la mujer se iba enojando. Cómo podía ser que la muerte de un muchacho tan lindo y tan simpático arrastrara tanta falsedad: «Siempre te recordaré», «Nadie como vos», «Te llevo en mi corazón». Todas mentiras. Antonia tenía la certeza absoluta de que esas mujeres famosas más temprano que tarde saltarían a los brazos de otro «el mejor del mundo» para enfundar sus cuerpos perfectos con nuevos diseños. «Traidoras», susurró.

De repente, un aviso chiquito llamó su atención. Casi se

perdía entre tanta publicación dedicada a Nahuel. Antonia dejó la tijerita junto a la taza del té y se acercó al diario como si, aparte de leer, pudiera escuchar. Se levantó de golpe y fue a mirar el calendario que le habían regalado en la carnicería; confiaba más en ese calendario que en la fecha que decía el diario, ella no se dejaba engañar por la prensa. Era sábado 15 de abril. Se golpeó la frente con la palma de la mano. ¿Cómo se había olvidado? ¿Cómo se le había pasado por alto una fecha tan importante?

Se arrodilló frente a la puerta del aparador y empezó a revisar sus archivos. Dentro de cajas de zapatos apiladas y etiquetadas, Antonia guardaba recortes de los avisos fúnebres más significativos. Con el dedo índice acompañaba la lectura de las etiquetas. La tercera caja del segundo estante era la que buscaba, allí guardaba lo importante, sus historias favoritas.

Apoyó la caja sobre la mesa y la abrió con sumo cuidado, casi de manera amorosa. Respiró hondo para sentir el aroma que todavía largaba la ramita de romero que había acomodado entre los papeles el año anterior. Porque esa caja se abría una vez al año, todos los 15 de abril. «Ya pasaron diez años, mi querida. Alguien te sigue extrañando, Cornelia», susurró con una sonrisa apenada, sin sacar los ojos de los recortes archivados.

### **Buscan a una adolescente perdida en El Paraje**

*La chica de 15 años participaba de un viaje de estudios.*

*La Policía Federal se suma a la búsqueda.*

EL PARAJE – Una adolescente porteña está desaparecida desde hace veinticuatro horas en la pequeña localidad patagónica.



Cornelia Villalba, de 15 años, forma parte de un contingente del prestigioso colegio inglés Dullmich College, que llegó al pueblo en el marco de un viaje de estudios y convivencia. Según las declaraciones de sus compañeras, la última vez que la vieron fue en el bar del pueblo. La coordinadora del viaje de estudios, la docente Ludmila Roviralta, fue la que puso en alerta a las autoridades locales.

La nieve caída en las últimas horas dificulta la tarea de búsqueda de la chica. La gobernación ya puso a disposición un helicóptero de emergencia y, según pudo saber este matutino, un equipo de la Policía Federal estaría llegando en las próximas horas para sumarse a la pesquisa.

La chica desaparecida es la hija del reconocido médico Eugenio Villalba, premiado por la Academia Nacional de Medicina a raíz de la investigación de métodos de cura en la lucha contra el cáncer.

Cornelia Villalba mide 1,60 y pesa 50 kilos, tiene el cabello oscuro muy corto, con un flequillo irregular, ojos claros. En el momento de su desaparición vestía un pantalón de jean negro, una remera de mangas largas celeste, una campera inflable de color rosa y una bufanda a rayas violeta y blanca.

Antonia Delgado dobló el recorte con sumo cuidado, el paso del tiempo había vuelto el papel de diario de un color amarillo y la tinta en algunas palabras se había esfumado. No le importaba, casi que podía recitar el texto de memoria.

Como todos los 15 de abril, se detuvo en las fotos que en su momento había publicado la revista *Gente*. Una investi-

gación especial donde no sólo se contaban los pocos avances en la búsqueda de la chica, también incluía una descripción acabada de la vida y la obra de los Villalba, esa familia adinerada y elitista a la que la desesperación había puesto de rodillas. Ni sus cuentas millonarias en dólares y en pesos, ni su chacra de Punta del Este, ni su piso sobre la Avenida Libertador, ni siquiera los autos antiguos de colección del doctor Villalba alcanzaban para pagar el retorno de Cornelia. Narrar los hechos de la desaparición de la pobrecita no parecía suficiente: los lectores necesitaban más y la prensa —a la altura de las circunstancias— lo ofrecía gustosa.

La expresión de Cornelia siempre había llamado la atención de Antonia: no existía una foto en la que la chica sonriera. En todas, parecía querer ocultar los dientes, o las angustias, o vaya a saber qué cosas. Muy por el contrario, su hermano Dionisio iluminaba cada una de las fotos de archivo que se habían publicado. Alto, musculoso, con porte de galán de cine, el chico copaba todas las imágenes.

Con gesto resignado, la mujer guardó los tesoros de la historia de Cornelia nuevamente en la caja y se quedó unos minutos releendo el aviso que había salido publicado ese día.

Cornelia Villalba, la mitad de tu ausencia es amor.

Los ojos de Antonia se llenaron de lágrimas. Ninguno de sus muertos favoritos la conmovía tanto como Cornelia. Ella era distinta, tal vez el hecho de que nunca hubieran encontrado su cadáver la hacía especial. Era como un fantasma que daba vueltas en el tiempo haciendo que las cosas sucedieran más de una vez, todos los 15 de abril. En esas

cavilaciones estaba cuando otro aviso en la parte de recordatorios fúnebres acaparó su atención. Se secó los ojos con el dorso de la mano y se acercó al diario que estaba sobre la mesa. El doctor Eugenio Villalba y su mujer Clara convocaban a una misa al cumplirse diez años de la desaparición de su hija Cornelia.

El segundo fúnebre sobre Cornelia la sorprendió, nunca había sucedido algo así: dos publicaciones en el mismo día. No se detuvo a pensarlo demasiado, la cita era ineludible. Antonia miró su reloj: no tenía mucho tiempo, pero, si se apuraba, tal vez llegaría a ocupar uno de los asientos principales de la iglesia. Buscó su monedero, que había quedado en la mesada de la cocina. Por suerte, tenía dinero suficiente para tomarse un taxi. La ocasión ameritaba el gasto.

Se puso un vestido negro. Las mangas le llegaban hasta el codo y la falda justo por debajo de las rodillas. Una hebillita de carey con forma de mariposa le ordenó los rulos ingratos. Caminó unas cuadras hasta la avenida más cercana, al principio con cierta dificultad: los zapatos abotinados le apretaban a la altura de ambos empeines. No le importó. Respiró profundo y apuró el paso. No podía darse el lujo de llegar tarde. Desde hacía diez años esperaba ese momento.